

Trabajo de campo

La creación de Centro Inocente: La iniciación chamánica de doña Lupe Cohuo (Extractos hilados de diarios de campo)

MIGUEL VASSALLO

Sepan cuantos esto leyeren que este texto, como indica parte del título, está conformado con base en extractos de mis diarios de campo elaborados durante la investigación que realizaba sobre los usos del pozol entre los mayas peninsulares. Durante diferentes temporadas y sus respectivas visitas, fui recogiendo datos, que no buscaba especialmente, sobre el proceso de iniciación de una especialista ritual. Esto no es parte central de mi investigación, mas me pareció una veta interesante a seguir, que merecía ser asentada, y más allá de trabajarla a profundidad en el futuro, podría ser de utilidad para alguien que la leyese. Siempre al enfrentar nuestras investigaciones vamos descubriendo, al toparnos con la realidad, aspectos insospechados de las culturas a las que nos aproximamos... y también quien nos lee puede ver facetas invisibles para nosotros y utilizar esos datos para esclarecer el entendimiento, en este caso, de las sociedades mesoamericanas, mayanses, y particularmente de los mayas peninsulares contemporáneos.

Gran parte del texto son los fragmentos crudos, por decirlo de alguna manera, de los diarios; no he alterado más que la puntuación, la ortografía y, a sugerencia de uno de los dictaminadores de este texto, le maticé las expresiones más soeces, que eufemísticamente llamó lenguaje coloquial, que me hacían quedar mutatis mutandis en el hijo de Bronislaw Malinowsky y Maribel Fernández La Pelangocha... A partir de estos extractos elaboré el texto simplemente hilvanando los párrafos de los diarios donde aparecían partes referentes a la iniciación chamánica. No obstante, se podrán ver reflexiones hechas al vuelo, que se ligan con otros tantos temas, pues el discurrir de las pláticas con doña Lupe Cohuo, no era lineal, ni una entrevista formal, sino parte del proceso etnográfico que yo llamo de voy y vengo, expresión que recupero de la castilla chiapaneca que lo utiliza para llamar a una calle o carretera de doble circulación.

Creo además que este texto refleja, en cierto sentido, una posición teórica que elegí, donde asumo que el investigador no se puede despojar de su bagaje y posición de clase, género, posición política, historia de vida, situación emocional... ya que esto siempre afecta nuestras investigaciones de algún modo; pues todo lo anterior es el tamiz a través del cual pasa la realidad. De antemano ofrezco a los posibles lectores una disculpa por hablar de temas aparentemente anecdóticos, que a final de cuentas son lo que rodea y va conformando mi trabajo, mi vida... Y qué mejor para mostrarme que unos diarios que escribí en primera instancia para mí mismo, y que comparto con el resto, no porque mi trabajo sea bueno, sino porque considero que la vida de esta especialista ritual es sumamente interesante:

Lupe Cohuo es una especialista ritual maya. Esta anciana mujer yucateca es llamada Centro Inocente, es conocida y reconocida dentro de Maxcanú, su comunidad, como *j-men*; lo cual a primera vista

contradice una de las características de estos especialistas, que es ser del género masculino. La manera en que ella sortea su cualidad de género, que en otras comunidades restringe, o de plano impide, la participación de las mujeres en ciertos rituales, fue una interrogante que me planteé desde el momento inmediatamente posterior al conocer de su existencia, por las referencias de habitantes varios y variados de la población donde habita.

Aunque doña Lupe es a mi juicio una gran fuente de conocimiento tradicional actualizado, siendo reconocida como sabia y autoridad en materia de la costumbre, me gustaría centrarme, en este texto, en su proceso de iniciación como especialista ritual. Esta historia nos revela no solamente el proceso en sí mismo, sino que aporta datos, a mi juicio importantes, sobre otros aspectos de su sistema de creencias, con una fuerte base en la tradición pero actualizado con hechos recientes interpretados desde la óptica maya actual. El relato refleja algunas partes importantes de la cosmovisión de los mayas peninsulares contemporáneos. En su narración aparecen triadas de espíritus, el *batab* de la región en el tiempo de la llegada de los conquistadores, ceremonias con periodicidad calendárica (acordes con el año gregoriano), el papel del *mul* como morada de los ancestros y del Señor del monte y/o de los animales, la historia de Los tres hermanos, los aires, los vientos, el *sastún*, las ceremonias de curación, la idealización de ciertos aspectos del pasado, la idea de futuro como tiempo de la vuelta (en todo caso ambas visiones propias del discurrir de la historia), en fin hasta las narraciones contemporáneas donde se trasluce la concepción de que los arqueólogos son depredadores.

Pienso que el caso atípico de doña Lupe Cohuo tal vez pueda aportarnos tanto o más que los que representan cabalmente la norma imperante del *j-men*. Adelantando un poco la respuesta a cómo es que sortea su cualidad de género, me gustaría recuperar la idea planteada por Verónica, una de las hijas de doña Lupe, que señala que su inocencia viene por su triple condición de india, mujer y pobre; pero justamente considero que por tener estas características, esta viejecilla yucateca sabe y su saber es reconocido por la comunidad que la consulta asiduamente, ya que ella se transforma ritualmente en hombre.

Prospección y fracaso

En enero del año 2009 tuve mi primera aproximación a doña Lupe. Ana Ortiz, mi esposa, y el que esto escribe, después de pensar en varias posibilidades escogimos Maxcanú como uno de los lugares donde centraríamos nuestras investigaciones de la maestría, que ambos cursábamos. Ella estaba interesada en alguna comunidad de la sierra Puuc, ya que quería saber qué papel otorgaban los habitantes de esa región a los cerros circundantes y cuál era el papel de estos y de los cerros artificiales, es decir los antiguos templos prehispánicos (*mul*), en la cosmovisión de los mayas peninsulares. Por mi parte, en mis estudios sobre el pozol, había dado en el Archivo General de la Nación con un documento del siglo XVIII, relativo a un juicio contra una familia de idólatras que realizaron una serie de ceremonias agrícolas, donde el pozol tenía un papel preponderante. Uno de los miembros de esa familia huyó a Maxcanú, donde tenía lazos familiares y de amistad. Y allí fui junto con Ana, literalmente siglos después, en mi búsqueda de especialistas rituales contemporáneos que me ayudaran a realizar una exégesis etnohistórica de las ceremonias, los elementos rituales y las entidades que aparecen en ese y otro documento del siglo XVI, depositado en el Archivo General de Indias y también yucateco, aunque de otra región, pero de una temática similar y generado exactamente 190 años antes.

En enero de 2009, después de pasar varios días en Maxcanú, asistiendo a los rosarios que organizaba el gremio de la Virgen de Belem donde, bajo la coartada de ser etnohistoriadores tratando de hacer etnografía, comíamos cochinita y tomábamos horchata en cada casa donde se rezaba, pudimos saber que

de varios especialistas rituales de la región, dos eran los más mencionados al preguntar si en Maxcanú había *j-men*, una de ellas era Lupe Cohuo. Por supuesto que no fue fácil de primera intención encontrar las referencias que buscábamos, éramos interrogados sobre nuestros fines e incluso cuestionados por algunas personas por creer en “ese tipo de cosas”, esto último no sabíamos si interpretarlo como cautela por preservar sus creencias o como una descalificación del conocimiento tradicional. Sin embargo gente variopinta daba muy buenas referencias de doña Lupe, que si había curado a tal o cual, que era fuerte, que ella seguramente sabría de lo que nos interesaba; la opinión general, o por lo menos como se expresaba la mayoría respecto a ella era la idea de que era una gran mujer.

El veintitrés de enero de 2009, Ana y yo seguimos las indicaciones de varios lugareños y llegamos a casa de Lupe Cohuo, desde la barda de piedra, que en el centro de México se llama tecorral y en el sureste albarrada, gritamos un “buenas tardes” que obtuvo como respuesta que saliera una mujer con hipil y rebozo de bolita a quien explicamos que buscábamos a doña Lupe. Después de preguntarnos la razón de ello y de que intentáramos explicarlo, mostrando además las cartas de presentación que Elvia Castorena nos había redactado en la coordinación del posgrado, nos dijo tajante un “ella ya no trabaja”. Así que emprendimos la retirada con el amargo sabor de la derrota y preguntándonos el porqué de aquel rechazo, lanzando paranoicas teorías al respecto.

Medio año después iniciamos otra temporada de campo en Yucatán; los primeros días los empleamos en investigación bibliográfica y en la búsqueda y adquisición de publicaciones yucatecas, que paradójicamente están en las bibliotecas de Austin o Berkeley, pero no en la UNAM, o en el COLMEX... Estábamos más lentos de lo habitual pues tratábamos de desterrar de nuestros cuerpos, con una bomba de metro-nidazol y diyodohidroquinoleina, la invasión que padecíamos de una próspera colonia de la temible *Entamoeba histolytica*... Así que después de unos días en Mérida por fin tomamos fuerzas para ir a Maxcanú. Ahí habíamos establecido, durante nuestra primera temporada de campo en la zona, una relación con otro especialista ritual, que entre otras cosas nos narró su proceso de iniciación chamánica. Una conversación al respecto de aproximadamente una hora se puede resumir en lo siguiente: Si bien desde niño había barruntos de que esta persona poseía un don y había sido sometido a un proceso de aprendizaje de las propiedades de las plantas por su padre, a los nueve años ya conocía la mayoría. Este especialista ritual se hubiese quedado en la categoría de yerbatero si no le hubiese sucedido un evento especial. Estando trabajando en su milpa, que estaba alejada de pueblo, en el monte encontró a unos “mayas antiguos”, que yo imaginé con deformación craneana, pelo largo anudado en la parte superior de la cabeza, llenos de joyas de piedra verde y plumas, todos embijados y con escarificaciones... pero que él describió como vestidos de manta blanca, con sombrero de paja, sabucán y huarache henequenero... Estos personajes le dijeron: “Ven a nuestra casa y te vamos a enseñar muchas cosas” y lo llevaron al interior de un “cerro”, por una puerta que le mostraron en un extremo de su milpa, al interior del cerro había un patio y más allá, una milpa ideal, “media cuatro mecates por lado”, le hicieron dar un número de vueltas a su alrededor también ideal, es decir al terminar de circunvalarla trece veces, tuvo que desandar su camino rodeando la milpa otras trece ocasiones en sentido opuesto. Esto le llevó una media hora, en la que recibió, sin saberlo cabalmente, el conocimiento que ahora posee; cuando volvió de ese viaje al interior del cerro, en realidad habían pasado muchas horas y ya era de noche, desde ese evento él pudo trabajar “en físico y espiritual”. Habíamos construido ya una relación de confianza con este hombre que mi estulticia, impericia para el trabajo etnográfico o alguna misteriosa razón estropeó en algún punto, pues después de unas prometedoras pláticas no nos recibió más, como el rechazo fue cortés y a través de su esposa que nos decía que estaba fuera, en Mérida, en el campo, ocupado, no nos dimos cuenta en un principio. Al ser conscientes de que no quería continuar la relación, nos pusimos tristes y desconcertados. Nos retirábamos abatidos de Maxcanú y cargamos gasolina, para el viejo chevy,

cerca del desvío a un lugar llamado, promisoriamente, Paraíso, punto en el que vive doña Lupe. Ana, tenaz como es, me propuso ir a buscarla nuevamente, lo que resultó todo un éxito, que yo atribuí en un principio a que nos habían pensado personas diferentes, quizás más empáticas o simpáticas, pero que en realidad tenía que ver con la confusión derivada de que doña Lupe trabaja solamente ciertos días y que después de salir de un trance profundo “ya no trabaja” a menos de que sea estrictamente necesario, como Ana acertadamente había intuido.

Presentación y primera entrevista de *voy y vengo*

Era el día ocho de julio de 2009, hacemos lo mismo que en la primera fallida aproximación, una vez en la barda de piedra que delimita la casa, y que nos llega un poco más arriba de la cintura, lanzamos un “buenas tardes” a voz en cuello, sale la hija de doña Lupe y de nuevo nos presentamos y planteamos nuestras intenciones de platicar con su madre, ella nos dice que está atendiendo a alguien, pero que va a preguntarle a los hermanos si podemos pasar, eso nos suena al argot empleado por las iglesias protestantes, pero no hay nada más alejado de ello. Entramos a la casa, típicamente maya, es decir elíptica, con techo de guano y dos puertas afrontadas. Verónica nos explica que su mamá va a hablar en maya y que ella nos va a traducir, pero en realidad su madre no es la que va a hablar sino los hermanos a través de ella. Después nos enteramos que el hermano que nos recibe es Andrés, “un maya de antes”, vestido de manta y monolingüe... Ella está en trance y su hija nos dice que si le preguntamos algo cuando salga de este ya no va a poder responder pues despierta no sabe nada. Doña Lupe está sentada, en una sencilla silla de madera, al lado derecho de un altar, en la mano trae una ramita con trece hojas, las conté, y distraídamente no pregunté de qué planta era la rama, se veía como de árbol, tampoco pregunté si efectivamente eran trece hojas o eran mis ganas de ver ciertos números como constantes. Ella agita la ramita con la mano derecha, como si espantase insectos, se da golpecitos en el pecho, suavemente, luego en un brazo, posteriormente en el otro, recorre su torso, pero no es un barrido, como de limpia, sus movimientos son lentos, sin ritmo aparente, parsimoniosos y elegantes. Al parecer después de cada pregunta comienza de nuevo, aunque también mueve la ramita en ciertas partes de la respuesta, la traducción es rápida, me impresiona la capacidad de los indígenas para hacer estas traducciones simultáneas, que ya he visto tantas veces en Chiapas y Guatemala, siempre queda la duda de qué tanto el traductor le echa de su cosecha, pero es el precio por no dominar el idioma, es tan rápida la traducción que pareciera que a veces se adelanta a las respuestas del hermano Andrés, que es el que habla por medio de doña Lupe. Ella es humilde, lleva un hipil viejo, está descalza y está un poco despeinada, a consecuencia del trance, ya que al salir de este se acomodó el pelo, pero siempre con un muy buen porte. Tompiate, nuestro xoloizcuintle, saltó por la ventana del carro y se metió a la casa, lo que nos tensó a Ana y a mí, lo saqué y lo llevé de nuevo al carro, al regresar doña Lupe-hermano Andrés ya acabó de curar a una niñita que estaba atendiendo cuando llegamos, y para mi sorpresa Ana está sentada en una silla frente a doña Lupe, al lado izquierdo del altar en el lugar del paciente o consultante, yo entro y me conminan a pararme justo detrás de Ana. Doña Lupe o mejor dicho Andrés ha esperado a que estemos los dos para comenzar la consulta, le intentamos explicar nuestros proyectos y las dudas que esperamos resolver, estamos en nuestro papel de entrevistadores. Si pudiera sintetizar a Freire y sus dichos sobre los procesos de enseñanza-aprendizaje diría, rupestremente, que son de voy y vengo; así pues que los entrevistadores somos ahora interrogados y Andrés nos hace explícitas algunas preocupaciones que tiene sobre nosotros y nuestro trabajo. La principal es que seamos arqueólogos y que vayamos a desenterrar cosas de Oxkintok para llevárnoslas. La historia de los gringos profanadores y su castigo, parece estar

muy difundida en Maxcanú, y aunque tiene variantes también tiene constantes. Se dice que los gringos fueron los últimos que hicieron un gran trabajo ahí, se refieren por supuesto a la Misión Arqueológica de España en México, que trabajó en Oxkintok. Para el común de la gente no eran españoles, término que en Yucatán es aplicado por los mayas a los no indígenas, como Ana y yo por ejemplo, mientras que los gringos son uno de los dos tipos de extranjeros, el otro son los turcos... “Gran trabajo”, pudiera ser interpretado no solo como la faena en sí misma, sino también como una labor de tipo mágico, ya que en ciertas ocasiones el término trabajo en español se refiere a un hechizo u otra cuestión similar o a una tarea en otro plano. El hermano Andrés, por medio de doña Lupe, nos dice que los gringos se robaron muchas cosas para un museo, como una rana, un chan gallito... esa es la causa de que ahora las lluvias sean tan erráticas, por eso también hay tanto temblor e inundaciones en la ciudad de México, porque para allá se llevaron a la rana, que está enojada y llora, pues quiere regresar a su hogar. Hemos recogido varias versiones del por qué los gringos, o sea los españoles, no han regresado a Maxcanú, a pesar de que decían ser amigos de la gente, habiéndose ganado su confianza. Por ejemplo, el otro *j-men* con el que habíamos trabajado, nos dijo que los gringos escarbaron donde los antiguos habían enterrado sus ofrendas y que sacaron muchas cosas que se llevaron a “un museo en Estados Unidos”, él afirmó que a consecuencia de esta profanación “uno de los gringos, el jefe, se murió y por eso no regresó nunca”, “eso le pasó por no respetar”, dijo tajante. Lo más importante que se robaron fue “un sapo, que parecía de piedra, pero por dentro estaba vivo, y cuando lo apretaron para cargarlo le salió resina”. Doña Lupe, en otra ocasión posterior, nos dijo que la rana era tan poderosa que los arqueólogos ordenaron que se cargara con una tela para no tocarla pero que aún así varios trabajadores se enfermaron y que ella tuvo que curarlos. También ella dice que el jefe de los saqueadores murió por la furia del dueño de Oxkintok.

Varias veces, a lo largo de la plática, Andrés vuelve a interrogarnos sobre si tenemos intenciones de sacar cosas del sitio. También le preocupa que seamos practicantes o estemos interesados en las magias roja o negra, al comprobar que no es ese nuestro interés nos reitera el peligro de aproximarnos a ese tipo de prácticas, y nos dijo: “En su trabajo se ve que leen mucho, lean de todo, pero no lean libros de magia negra o magia roja, de eso no”.

El entender que eso no era una entrevista me reconfortó, recordándome el tipo de investigaciones que aspiro realizar, entre ellas se encuentra una relación más paritaria y de diálogo con los otros... esto no era una entrevista y si lo fuere, es doble, en dos direcciones, el voy y vengo como yo lo llamo.

El hermano Andrés, que se ha incorporado en doña Lupe, nos habla del *saka'*, del *jabin*, del monte, del cerro, de los vientos; nos describe cómo son los caballos de los Chaques que traen las lluvias, las ruinas de las antiguas ciudades mayas que cobran vida en la noche para quienes saben o pueden verlo, o bien para el que tiene suerte. De Uxmal nos dice que ahí será anunciado el fin del mundo o tal vez el tiempo de la vuelta, ya que en esa ciudad antigua se ve un rey tallado en piedra, que tiene en su mano una trompeta, como a punto de tocarla y cada año está más cerca de su boca, cuando se junten será la señal, el tiempo... Todo esto en respuesta a nuestras preguntas. El hermano Andrés, por medio de doña Lupe, a su vez nos pregunta, intercalando entre nuestras interrogantes: ¿De dónde venimos? ¿Hablamos la maya? ¿Por qué nos interesa lo que pueda decirnos? y ¿Por qué nos interesa saber de nuestros temas? ¿De qué trabajamos, tenemos profesión? ¿Queremos escribir lo que nos dice?, ¿grabarlo? En nuestras respuestas sale a relucir nuestro trabajo previo en Chiapas, lo que desata una andanada de nuevas interrogantes: ¿La maya de allá es igual?, ¿parecida?, ¿cómo son las ceremonias?, ¿quién las hace?, ¿cómo piden agua?, ¿qué ofrendan?, ¿cuándo? Por otra parte le interesa saber qué tanto sabemos de sus creencias, cómo le hemos contactado y qué opinión hay en el pueblo de su trabajo.

En un momento dado doña Lupe sale del trance y nos presentamos, ya que no hemos estado conversando con ella sino con el hermano que se le incorporó. Después de un inicio formal, la plática se va

y discurre sobre la escuela bilingüe que hay en la comunidad, se siente feliz de que ahora den clases en maya, también de que un grupo de la escuela, guiado por la maestra, la haya ido a visitar para que los niños platicaran con ella acerca de su trabajo. Algo a señalar es la escuela como legitimadora del conocimiento: por un lado llevan a los niños a ver a doña Lupe, por el otro ella nos dice que a sus nietos les están enseñando a hablar maya correcto, pues ella que no habla español dice “mami” y “papi” y ellos así decían, pero los maestros les dijeron que esto no es correcto, que deben decir “na’ ” y “taat”, la escuela siempre corrige...

El perrito del *Dueño y Los Tres Hermanos*

Es el día veinticinco de junio de 2010, en el momento en que llegamos a casa de doña Lupe llueve a cántaros, las aguas ya están plenas, el camino está verde, ante la perspectiva de empaparnos decidimos esperar en el auto a que escampe, o por lo menos a que amaine. Ana, más valiente, baja para gritar, frente a la albarrada, que buscamos a doña Lupe, ya sabemos que es considerada una descortesía traspasar ese espacio sin permiso y tocar directamente a la puerta si la relación no es sumamente estrecha. Le abren la casa y yo la sigo, en la puerta está sonriente Verónica, quien ha sido nuestra eficaz traductora en varias sesiones; entramos y la casa está en penumbra, pues todo está cerrado por la lluvia. Saludamos y nos reciben muy bien, lo cual nos relaja, ya que siempre tenemos un poco de miedo al rechazo... Ana entrega una foto enmarcada que le tomé con doña Lupe en una visita anterior, habíamos prometido llevarla, es un intercambio justo, nosotros nos hemos llevado su imagen, debemos darle la nuestra. Doña Lupe tuvo mucho tiempo en sus manos el retrato, después lo muestra con orgullo a varios parientes.

Después de eso comienza la plática de manera más formal, al terminar las preguntas iniciales de cajón, comienza lo que en occidente se considera una plática de deshielo y es la climática, pero acá, como en otras sociedades indígenas y campesinas, hablar del clima no es algo banal. Como ya va siendo costumbre doña Lupe quiere saber (pregunta a través de su hija Verónica, pues no habla español) cómo están las lluvias en Mérida, en México. Han cerrado las puertas de la casa porque afuera sigue lloviendo, es más, ha arreciado. Se platica sobre lo que discurre, entonces las historias no salen al azar, o elucidando o en una entrevista acartonada, sino de la ventaja de que “Alex”, la primera tormenta de la temporada de huracanes, pase sobre nuestras cabezas y de la confianza lograda por las varias visitas, y la de hoy coincide con el tormentón.

Verónica comienza a explicar que es san Juan que ha despertado, ya que el día de ayer que fue su día, su santo (¡él es un santo en sí!), debe dormir, para ello es arrullado por nueve ángeles que son repartidores de lluvia; si san Juan despertase, cuidado de la gente porque golpearía con lluvia y viento excesivos. Encuentro cierto paralelismo con Chamula, donde el mero día de san Juan no debe llover, en una ocasión me tocó ver cómo los organizadores de la fiesta eran encarcelados porque llovió, lo que era una señal inequívoca de que alguno de ellos había cometido una falta ritual. Verónica agrega que san Juan tiene una cuerda o látigo y con ella golpea ¿como el cordón de san Francisco? A mi parecer existe, en ambos casos, una relación obvia entre el chicote y el rayo, y su sonido el trueno. En cambio el día de hoy san Juan ha salido a pasear de buen humor porque ayer durmió bien, reparte lluvia buena y a su paso suena el viento. Esta sería la versión resumida, pues el estilo narrativo impone repetir lo mismo de varias formas y varias veces, lo cual nos es muy útil porque no grabamos debido a que es una plática más libre, así podemos captar mejor la idea; tomo algunas notas, más bien palabras sueltas, en una libretita para en la noche redactar mi diario de campo. Esta repetición se da en una sociedad donde lo oral es preponderante sobre lo escrito y la repetición ayuda a aprender y aprehender lo dicho. Es parte

del proceso de endoculturación. Así que si queremos saber de lluvia y sus rituales qué mejor que platicar mientras ocurre un chubasco.

Les tiro un anzuelo diciendo que yo no lo sé de cierto pero que dicen que algunas plantas solo se pueden cortar el día de san Juan, o que si se cortan en esa fecha son medicinas más fuertes. Contestan que puede ser posible, pero que no lo saben de cierto, lo que si conocen es la forma de hacer que un árbol infértil dé frutos: el día de san Juan debe ser golpeado nueve veces con un machete; intuyo la relación entre el número nueve y el poder generador de vida del inframundo, es decir su número de niveles debe ser invocado para que la fuerza de lo vital, y que engendra, toque al árbol improductivo y lo torne en fértil...

Como en nuestras recurrentes visitas realmente establecemos un diálogo y siempre somos entrevistados, también los hermanos nos preguntan cómo es la fiesta de san Juan en Chiapas; yo respondo in extenso... La plática discurre y Verónica nos dice que san Juan se ha incorporado varias veces en su madre, y ha dicho por voz de ella que por estas tierras lo tienen muy olvidado, y comienzan a hablar de las incorporaciones, su causa y razón: doña Lupe vivía en un “rancho” y no en un pueblo, no estaba bautizada, lo que a mi juicio la colocaba en una posición liminal. Ella era pastora, pero tenía muchos otros deberes. Cierta día, al salir al monte con los animales domésticos para que pastasen, vio un perrito muy bonito que le hizo muchas fiestas, ella comenzó a seguirle adentrándose en el monte hasta llegar a un *mul*, es decir a un montículo formado por un templo prehispánico. Al llegar se encontraba ahí un señor barbado y vestido todo de blanco, brillaba, emitía luz; ella no sintió miedo. Aquel hombre le dijo: “Si quieres te voy a regalar este perrito, si te gusta, pero tienes que venir mañana a recogerlo”. Ella regresó emocionada a su casa; esa noche estaba ansiosa, ya quería tener al perrito. Pero al día siguiente su tío, al cual servía, no la dejó ir a sacar a los animales, encomendándole otras tareas. Esa misma noche doña Lupe, en ese entonces de doce años de edad, cayó enferma; tuvo calentura varios días, la llevaron al doctor y no encontraron cura, así que la llevaron con un *j-men*. Él sí la pudo curar y les explicó la causa de su enfermedad: les dijo que el hombre blanco y barbado de albas ropas era, ni más ni menos, que el Dueño o Señor del monte, cuya morada era precisamente aquel *mul*. Para que se recuperara totalmente se tuvo que realizar una ceremonia de desagravio. Tiempo después, cuando doña Lupe cumplió quince años, fue bautizada; entonces comenzaron sus desvanecimientos, de repente estaba haciendo tortillas o trabajando en otra cosa y se iba o desmayaba, en este proceso comenzaron a incorporarse en ella los hermanos. Los tres primeros que se le incorporaron eran realmente hermanos carnales entre sí. No sé si de ahí venga que nombren genéricamente a los entes que la poseionan “hermanos” o “hermanitos”, pudiendo ser, este último vocablo, una traducción literal de los términos mayas de parentesco *iits'in* para hermana menor y *suku'un* para hermano menor; o puede ser que simplemente el uso del término hermanito sea de índole reverencial. Otros personajes no son llamados hermanos, como el rey Mexcanul y el doctor Góngora. Las primeras entidades en poseerla, y que lo hacen recurrentemente, son Máximo, Jacinto y Prudencio. Después de que estos hermanos se le incorporaron ella comenzó a trabajar (*meyaj*) con los Reyes Magos de Tizimín. ¿Por qué esta triada se asoció con los Reyes y no con la Trinidad? Aunque es peligroso hacer extrapolaciones de tiempo y espacio, ¿se puede establecer una constante en el papel preponderante de las triadas entre los mayas, por lo menos desde el periodo Clásico? Cada uno de estos tres hermanos tiene un poder curativo reflejado en una especialidad: ventosas (Máximo), pinchar (Jacinto), sobar (Prudencio). Así que ellos son los que trabajan y curan al enfermo en lo físico, aunque estén en otro plano, y doña Lupe, su vehículo, trabaja de este modo solamente en lo espiritual. Verónica, traduciendo a su madre, nos dice que estos tres hermanos fueron los que al fin le explicaron el significado de su encuentro con el Dueño y el perrito. Antes de proseguir el relato de dicha explicación debo asentar que la historia tiene semejanzas, es un eco o reflejo, de la historia de “Los tres hermanos”, tan

difundida entre los mayas peninsulares; si bien no es una calca, sí comparten cierta estructura más allá de que sean tres los hermanos en ambas narraciones. Esto último y las interrogantes arriba planteadas son una primera aproximación reflexiva. Los tres hermanos les han explicado que si ella hubiese asistido a la cita con el Dueño, para recibir al perrito, hubiese tenido un destino similar al de ellos mismos, que entraron al servicio del Señor del monte, sin regresar a vivir con su familia. Esta es la historia, resumida, que le relataron los tres hermanos: ellos eran muy pobres y debían ayudar a sus padres en diversas labores, entre ellas leñar. Cierta día llegaron junto a un *mul*, ahí el Dueño los convidó a entrar, una vez adentro les dijo que ya no podrían salir, ellos rezongaron diciendo que sus padres los necesitaban, el Dueño replicó diciéndoles que a sus padres nada les faltaría y que ellos quedarían eternamente a su servicio y al de la gente. Doña Lupe explica que a diario, ya siendo de noche, los hermanos llevaban a casa de su madre, no mencionó al padre, las cosas que eran ofrendadas en las ceremonias por los campesinos: *Kool*, pavos, *pib*, *saka'*... “hasta venados”, así diariamente la proveían de alimento, producto de su trabajo como ayudantes del Dueño y producto a su vez del trabajo de los macehuales. Amplía su relato diciendo que el mul está hueco por dentro “como una cueva”, ahí los hermanos ayudan no solo al Dueño, sino también a los “regadores”, que traen las lluvias, a llenar sus cántaros, en ese lugar hay grandes depósitos de agua. Los regadores llegan con sus caballos y los hermanos les llenan sus ollas. Doña Lupe, sentada en su hamaca, se mece suavemente, entonces se frena y hace el ademán de cómo los hermanos llenan las ollas, y también hace un ruido, kilin, kilin, kilin, kilin. A pregunta expresa, inspirada en el gran trabajo de Silvia Terán y Christian Rasmussen, preguntamos si los regadores son solamente del sexo masculino y nos responden que no, ya que ellos tienen esposas.

El *sastún* o *balmtún*

Entre los mayas peninsulares, como en muchas otras culturas, entre ellas varias americanas y específicamente mesoamericanas, los cristales son una herramienta indispensable del especialista ritual, que sirve tanto para el diagnóstico, como para la curación, siendo a la vez estetoscopio, catalejo, lupa... Estos cristales pueden ser de origen natural, como los cuarzos y otras rocas traslúcidas, o de origen cultural, como obsidianas trabajadas durante la época prehispánica (llamadas en los Altos de Chiapas la uña del rayo), tapas de botellas, canicas o fragmentos de vidrio de cierta antigüedad. Tanto los cristales naturales como los culturales deben ser encontrados por el especialista ritual, casi siempre durante su proceso de iniciación, lo que se considera como un regalo y confirmación de su don y profesión nueva.

Está documentado que la llamada cristalmancia se debe haber usado desde antiguo en las sociedades mayas en general, la arqueología y las fuentes así lo demuestran; también las etnografías de los pueblos actuales. En lo personal he visto el uso de cristales por los sacerdotes mayas en los Altos de Guatemala, entre quichés y tzutuhiles; he podido observar cómo los sumergen en trago y/o agua y cómo los ponen al sereno, a la luz de la luna o en ciertos puntos especiales para alimentarlos, limpiarlos o cargarlos. Los arqueólogos han encontrado cristales asociados a prácticas rituales en diversas cuevas del área maya, el *sastún* de doña Lupe cumple con la asociación entre cueva y cristal adivinatorio-curativo. Cabe anotar que los cristales encontrados en cuevas se consideran especialmente poderosos por mantener una conexión con estos umbrales hacia otros planos. Además el *sastún* de doña Lupe fue recolectado durante su proceso de iniciación, lo que puede ser considerado como una señal de que ha sido aceptada como especialista ritual, es decir, las entidades que habitan en la cueva la autorizaron o le regalaron el *sastún* para que pudiera ejercer su nuevo oficio. El *sastún* encontrado será uno de los vehículos principales de comunicación con estas entidades para obtener diagnósticos y curar. El *sastún* de doña Lupe es de cristal

o más bien dicho de vidrio; es una esfera unida a un cilindro, al parecer es la tapa de una botella muy vieja, que raya en lo antiguo, supongo que debe ser de principios del siglo pasado o de plano decimonónica, no creo que sea posterior. Como todo buen *sastún* fue encontrado; en este caso doña Lupe lo pepenó durante su proceso de iniciación. Después de que comenzaran las incorporaciones, ella comenzó a seguir las instrucciones de los hermanos, una de estas, que cumplió cabalmente, fue visitar nueve lugares, ritualmente importantes, unos eran mules y otros cuevas (es la zona Puuc, donde a diferencia de otras partes de la Península no hay cenotes pero sí aktunes). En uno de esos lugares llamado Chac Xix, y donde están colocadas tres cruces, doña Lupe encontró su *sastún*. Al terminar de visitar estos nueve lugares, los hermanos comenzaron a curar a través de doña Lupe. Ella refiere que “un señor que cura” le ha querido comprar su *sastún* en reiteradas ocasiones, pero ella se ha negado pues sabe que es su suerte e instrumento personal. Durante un ritual de curación, Verónica nos dijo que miráramos el *sastún* y que con suerte podríamos ver luces o destellos, chispas o colores, “eso es lo que se puede ver sin saber”, dijo...

La curación de un niño

Si bien habíamos asistido a varias sesiones donde doña Lupe daba consulta, la primera vez que vimos el *sastún* fue el día primero de julio de 2010. Ana y yo habíamos ido a Maxcanú a entregarle a doña Lupe un san Juan de bulto que mandamos traer de México y que ella deseaba tener en su altar desde hacía mucho tiempo; la fecha tenía además el interés de que como todos los días primeros de mes el rey Mexcanul, que fue el batav de la región al momento del arribo de los españoles, se incorpora sin falta en doña Lupe y bendice dones que la gente lleva a sus altares domésticos, también hay las acostumbradas consultas y después del Rey pueden presentarse otros hermanos. Entregamos al santo, que fue colocado en su lugar, es decir en el altar de doña Lupe que, como buena representación del cosmos, tiene niveles y está coronado por una tela azul que tiene cosidas una luna y varias estrellas. Otro día doña Lupe nos había dicho que los santos y vírgenes son importantes pero también el Sol, la Luna, la Estrella... Fuimos el vehículo para que san Juan llegase a Maxcanú al altar donde será venerado.

En eso llega una pareja joven con un bebé; su apariencia es lo más alejado del estereotipo de lo que deben ser los mayas, llegan en una moto, vestidos modestamente pero siguiendo las pautas dictadas por las telenovelas: ella con uñas pintadas, chiquifalda, él camisa polo tipo Lacoste... Se sorprenden mucho de ver a “alguien como ustedes aquí”, pasado su azoro inicial, no sin cierta dosis de susto, parece que nuestra presencia valida aún más el poder de doña Lupe. La pareja nos interroga, les explicamos nuestro trabajo e intenciones, ponderando el trabajo de la anciana. Así las cosas, nos lanzan a bocajarro un “¿entonces ustedes creen?”, “sí” respondemos. Ellos han ido a consultar a doña Lupe porque su hijo llora mucho. En primer lugar preguntan si es posible que lo cure; la respuesta es afirmativa. Hijas y nietas recogen las hamacas de la habitación que están guindadas, mientras doña Lupe se sienta en su silla en frente y de lado al del altar. En el ínterin me veo obligado a sacar a mear a nuestros xoloizcuintles que llevan horas encerrados en el auto, hacen un desmadre, camorrones como son, se pelean con los chuchos de la casa. Ana, con justa razón, se enoja conmigo, me reclama pues doña Lupe ya comenzó la consulta; ya ha sacado su ramita fresca, cerrado los ojos y comenzado a golpearse los hombros. Para cuando amaina la pelea canina entramos y ya está incorporado en ella un hermanito que habla en maya. La madre le pregunta, por medio de Verónica, sobre el estado de su hijo, el hermano responde por voz de doña Lupe. El esposo permanece al otro lado de la habitación con nosotros. Nos explica que su hijo tiene infecciones recurrentes en las vías urinarias, lo han llevado en dos ocasiones al centro de salud y el mé-

dico le ha recetado lo mismo las dos veces. El bebé llora mucho, sobretodo en las noches, debe ser otra cosa, afirma, “anoche lloró y lloró y véanlo sigue llorando todavía, no para”; y sí, el niño berrea. El que una pareja más moderna, con todo lo que ello implica, busque a una especialista ritual tradicional para que cure a su hijo, que no ha podido ser sanado por la medicina occidental y validada por el sistema imperante, marca una clara diferencia con las etnografías clásicas donde se remarcaba que el uso de los curanderos tradicionales no solo era un síntoma de atraso, sino que remarcaba el hecho de que la población indígena no tenía acceso a médicos de verdad. Si la atención de los curanderos fallaba, se hacía un esfuerzo para acceder a la medicina occidental y alopática. En este caso, al no funcionar esta, se regresa a buscar ayuda dentro de la cultura propia, buscando una cura eficaz para lo que el mundo ladino no pudo sanar; tal vez, como se verá más adelante, ese mundo no pudo ni siquiera entender la naturaleza y causa de la enfermedad, así que mucho menos podrá curarla. La consulta discurre y mientras los hermanos, por medio de doña Lupe, comienzan la curación, el niño se va calmando poco a poco. Para conocer la causa de la enfermedad necesita su *sastún*, que está en un recipiente con un líquido transparente que bien puede ser trago o agua, no lo sé; Verónica lo trae desde el altar, doña Lupe lo toma con la mano izquierda y lo pone a la altura de sus ojos, que permanecen cerrados. No debemos olvidar que ella “trabaja en lo espiritual, no en lo material”, así que presta su cuerpo al hermano que es quien ve en el *sastún*. Doña Lupe gira el cristal por su base con sus dedos, ahí ve y comienza a explicar lo que el niño padece y luego receta lo que debe hacerse para curarlo. El padre de la criatura es el que nos va traduciendo, explicándonos lo que pasa. Al parecer ellos viajan mucho en la moto con el bebé, con el agravante de que el papá pasa seguido frente a un lugar peligroso, ritualmente hablando, ahí el niño agarró un aire (no confundir con los vientos), porque en esos lugares “extraños”, como no se conoce al Dueño, ni se le pide permiso para transitar frente a su morada, manda un aire para castigar la transgresión. El hermano receta unos baños con hierbas, que se deben hacer en casa, también el tener en adelante una actitud más reverente con el Dueño. Después, el hermano, incorporado en doña Lupe, hace una limpieza al niño. Doña Lupe no sale del trance, nosotros hemos permanecido del otro lado de la habitación, sentados en unas sillas, junto al padre que se acercó ocasionalmente a la curación. Cuando esta ha terminado, la madre le da dinero a Verónica, que lo pone sobre el altar, a lo lejos veo que es un billete de cincuenta pesos. Los padres se retiran más calmados y el niño ya no llora... Es entonces cuando el hermano me llama para que pase y me bendiga; me siento en la silla donde estaba sentada la madre con el niño en brazos, doña Lupe sigue con los ojos cerrados, se mece y sacude un poco su ramito; Verónica le pone enfrente un recipiente con agua, que doña Lupe localiza, literalmente a ciegas, pero certeramente. El ramito será ahora un hisopo, entra en el recipiente y el hermano, utilizando a doña Lupe, me asperja, bendiciéndome. Verónica, que es ahora la traductora, me dice que si deseo saber o preguntar algo, hago mis consultas y el hermano ve el *sastún*... luego pasa Ana que es rociada también con la ramita-hisopo y el hermano ve el cristal para determinar su estado... Luego el hermano dice que quiere cantar una invocación a la lluvia, a los Chaques y sus jinetes o ángeles. Es una lástima que no podamos grabarla ya que no teníamos preparado el iPod... Verónica se dice sorprendida por la invocación que ha cantado el hermano, y comenta que “debe ser muy antiguo” y que ella nunca la había escuchado pues el hermano Andrés nunca había revelado tales invocaciones, además subraya que, si bien no está en otra lengua, sí es un habla especial, “es la maya pero no se entiende todo, casi no se entiende” dijo reiterando que debe ser “muy antiguo”. Lo anterior concuerda con los documentos coloniales que he trabajado y con algunas etnografías que refieren que los *j-men* utilizan cierto lenguaje especializado. Como sería aventurar mucho, no puedo afirmar que sea un sociolecto, arcaísmos o de plano restos de una lengua de prestigio... Doña Lupe se da golpecitos con su ramo, entra otro personaje y no sabemos si antes han entrado otros o solamente estaba Andrés, el hermano que se ha incorporado se llama Máximo Ken, su nombre

puede implicar jerarquía dentro de la triada y marcar que sea el mayor en varios sentidos. Máximo nos dice que si tenemos problemas en el futuro debemos poner en nuestro altar doméstico un vaso con agua bendita e invocar su nombre completo, repitiéndolo, dejándola reposar por espacio de una hora. “Deben invocarlo con fe y él les concederá”, después tomen el agua y tendrán protección; también dice que busquemos unos elementos en “una tienda que los tenga”: “un líquido limpieza” y lo pongamos en nuestra casa, también nos recomienda comprar otro de “éxito en el trabajo”, se refiere a esos productos de factura industrial que en la ciudad de México se pueden adquirir en el mercado de Sonora y que son accesibles en puestos especializados en casi todos los mercados del país. “Todo trabajo se debe amarrar y desamarrar” dice imperativamente. Después nos dice que no olvidemos nunca el objetivo de nuestro trabajo, que el *cha chaak* es sumamente importante y enumera sin decir más los siguientes elementos: la *k’in*, jícaras con *saka’*, cacao, balché, anís, *kool*... “Es todo”, dice señalando el fin de su respuesta, y doña Lupe sale del trance, bosteza, tiene una actitud casi teatral de alguien que despierta, se estira, bosteza otra vez, abre y cierra los ojos, se los talla y al fin despierta. Inmediatamente después Verónica dice que su madre y su misma casa son un Centro Inocente, nos dice: “De dónde saca conocimiento mi mamá si no sabe español, no sabe leer, es pobre, es mujer” y se responde a sí misma: “consciente no sabe nada, son los hermanos que hablan a través de ella los que saben, los que curan, los que entregan primicias”. Después todo gira en torno al sacrificio que implica su trabajo, ejemplifican con los peligros que tiene que enfrentar; reiteran su bondad, que unida a su inocencia es la contraparte de los brujos malos... Así se hace de noche, debemos partir, decimos a pregunta expresa que no sabemos si vamos a regresar algún día, y esto es tristemente cierto, regresamos a Mérida para después topar a Rita en Campeche y acompañarla a su expedición a Tixchel, antes de regresar a la ciudad de México.

Doña Lupe, el Centro Inocente de Maxcanú es pues un caso atípico que nos dice mucho de la cultura actual de los mayas peninsulares, cultura viva de raigambre mesoamericana, en permanente transformación.

